



**Artículo:** El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar

**Autor(es):** Betancourt Martínez, Fernando Jesús

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 62

**Año:** 2001

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Betancourt Martínez, Fernando Jesús. "El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar" *Históricas*. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 62 (2001): p. 3-16. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3976>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

---

## ○ ENSAYOS

### El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar

Fernando Betancourt Martínez  
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

---

El presente artículo pretende acercarse al llamado *giro historiográfico*<sup>1</sup> que se presenta, desde el horizonte de pensamiento contemporáneo, como una nueva modalidad de autodescripción de la disciplina histórica. Se denomina giro historiográfico a una actitud reflexiva que se cuestiona sobre las condiciones de posibilidad del saber histórico. Se entiende como reflexividad el procedimiento que disuelve toda evidencia, que busca mostrar la historicidad de lo que se presenta como *lo dado* o preexistente. Frente a las posturas naturalistas que parten precisamente de lo dado, la reflexividad consiste en tratar a *lo naturalizado* como una construcción cuyas formas de articulación tienen contornos históricos. Así, introduce la dimensión de contingencia al nivel de la construcción de representaciones y, por tanto, historiza lo que la historiografía tradicional consideraba como evidencias y supuestos, es decir, elementos apriorísticos cuya cualidad consistía en no ser susceptibles de justificación o clarificación.

La exigencia que se desprende con la introducción de la contingencia consiste en desvelar todo el sustrato de pre-supuestos que eran o simplemente ocultos o bien, en el mejor de los casos, sostenidos como elementos intemporales sin valor teórico para las operaciones cognitivas. Por tanto, historizar a la historiografía se entiende como la necesidad de mostrar la historicidad de la escritura de la historia y de las operaciones que sustentan a la llamada disciplina. Ahora bien, desde esta problemática se muestra la importancia que tiene formular un nuevo perfil de interrogaciones que asuman la exigencia de reflexividad y contingencia. En ese sentido, si hay un giro historiográfico es porque se ha pasado a

---

<sup>1</sup> Para profundizar en las implicaciones de esta noción, véase el artículo de Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 15, año 8, 2000, p. 181-208. Sin duda derivada del denominado "giro lingüístico", comparte con éste el rechazo a toda teoría de la verdad como representación o correspondencia directa entre enunciado y realidad. Se descubre con ello la importancia de los sistemas de mediación que articulan toda interpretación sobre la realidad, siendo central para la historia la *mediación de significado* pues es la que permite entender las operaciones que se llevan a cabo en la tarea de producir conocimientos sobre el pasado.

---

una nueva manera de preguntar sobre los implícitos del saber, sobre los puntos ciegos y sobre el campo de *latencia*<sup>2</sup> que han quedado oscurecidos por más de doscientos años de historia moderna de la historia. La obra de Michel de Certeau se nos arroja como un complejo de interrogación que señala el umbral del desplazamiento en el que ahora estamos. Aquí quiero mostrar la riqueza que implica esa nueva manera de preguntar, pues, como ya nos lo enseñó Gadamer, la pregunta siempre tiene primacía; nunca deja de ir por delante de nosotros, siendo elemento central de nuestro *estar en el mundo: es rotura de evidencias* y, por tanto, forma de experiencia primordial.

### *La pregunta como pasión: el arte de la cuestión*

Michel de Certeau abre su ya famoso capítulo "La operación historiográfica"<sup>3</sup> con una interrogación que marca su recorrido problemático: *¿cómo se hace la historia?* Puntualizo, no se trata de saber en qué consiste el cuerpo y el objeto de una disciplina, en medir los márgenes de objetividad que ella misma se da y el territorio sobre el que se desplaza. Más bien, interrogar la práctica que rige un oficio permite dibujar otro conjunto de cuestiones que han sido ocultadas como una afrenta al proyecto racionalista del conocimiento moderno. Para la historiografía tradicional, el sentido de reflexionar sobre los productos de una labor pretendidamente científica ha buscado, como objetivo central, delimitar y justificar las modalidades por las cuales se conoce el pasado. Heredera de una tradición epistemológica nacida en el siglo XIX, tiene como sustento partir de una ruptura inicial, aquella que separa el sujeto de conocimiento de su objeto de estudio.

Tal ruptura da pie a una visión *sustancialista* que consiste en una proyección del estatuto que se le otorga al objeto. Así, en tanto se parte de que existe una sustancia previa, preexistente a la labor de conocimiento y en donde se vendrían a posar las diversas aproximaciones a su condición verdadera, se vuelve posible sostener el pesado edificio disciplinario que dará cuenta de ella. De tal manera que, tomando como marco este postulado, se define a la historia en tanto objeto como una materia no posible de justificación y a partir de la cual sólo resta definir las vías de acceso a su estudio. La pregunta *qué es la historia* interroga no al objeto de estudio, pues tal figura como elemento previo sólo es susceptible de descripción o explicación, sino a los contenidos y límites de un saber determinado. La historiografía, que se presenta como análisis histórico de las interpretaciones sobre el pasado, parte precisamente de

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 204-205.

<sup>3</sup> Capítulo II de su libro *La escritura de la historia* que fue incluido, en una versión abreviada, en el volumen I de la edición en castellano de *Hacer la historia*, dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora (Barcelona, Laia, 1985).

---

esa forma de interrogar: busca delimitar las condiciones de validez que han guiado las historias construidas, es decir, contadas, por los hombres en diferentes épocas.

Como puede notarse, el juego de distinciones señala un equívoco sobre el cual se establece un papel determinado al estudio historiográfico. Se nos enseña que la noción historia engloba una división básica: por un lado, localiza el ámbito de lo *vivido* en una proyección temporal; por otro, designa el espacio que permite su análisis. De tal suerte que dividir campo histórico y campo de conocimiento histórico tiene como efecto separar el proceso de investigación de la serie de acontecimientos que constituyen lo histórico. Es pues un proceso de deshistorización por el cual el saber, que se construye en el presente, se asume como independiente, externo, respecto de su objeto ubicado en el pasado. La división tajante entre pasado y presente sería, entonces, la condición de posibilidad que permite a la historia definirse como productora de conocimientos científicos.

En esta concepción se prioriza un sentido de la historia como acontecer o suceder de acciones y estructuras, el cual a su vez se constituirá como el campo de estudio (lo "real" histórico) del historiador. Este objeto deberá ser abordado de manera metódica por medio de investigaciones "empíricas". Entender y explicar el proceso histórico mediante este modelo de "ciencia" será el objetivo de la historia.<sup>4</sup>

Desde este horizonte de problemas, que postularon la pertinencia de la historia como saber objetivo desde el siglo XIX, se produce una relación de subordinación entre el proceso de investigación y los estudios historiográficos. En tanto el primero tiene como fin dar cuenta de la realidad pasada y los segundos señalar las condiciones por las cuales progresivamente se afinan las preguntas y los métodos de las historias de los historiadores, se asume que la historiografía es un tipo de estudio secundario cuya tarea sólo tiene sentido si está en relación con la labor central: producir conocimientos cada vez más objetivos sobre la realidad pasada. La separación y jerarquización entre historia e historiografía, por tanto, se encuentra basada en la suposición axiomática de que es posible formar un cuadro objetivo de los *hechos* porque hay en el pasado una especie de núcleo duro posible de conocimiento metódico. En este trabajo de producción cognitiva juega un papel destacado un presupuesto ligado a la anterior suposición: la escritura tiene el poder de reproducir o reflejar fielmente la realidad, cualquiera sea ésta, porque las palabras (sobre todo las usadas por las ciencias) están dotadas de una gran capacidad de representación. Detengámonos un poco en estos dos postulados.

---

<sup>4</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zerneño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Gesta*, n. 4, año 2, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 248.

---

## *La despedida del método o el adiós a los fundamentos trascendentales*

Empecemos con el postulado del conocimiento metódico. Si hasta hace poco el estatuto científico de la historia dependía de su adscripción, como fundamento, a los contenidos epistemológicos que autorizaban su calificación objetiva, son estos los que han perdido relevancia tanto por una tradición crítica que vulneró sus evidencias como por el cambio mismo en la forma de autoobservación de la sociedad actual. En general es posible definir la transformación como un proceso por el cual son tematizados los contenidos y las evidencias epistemológicas de manera histórica cuando se presentaban como elementos invariables (ahistóricos) que sólo requerían aplicación estricta. De la validez universal de los procedimientos científicos que escapaban a toda justificación, se pasó a una situación en la cual se valoran sus condiciones relativas y limitadas. De ahí que se postule ahora que los conocimientos obtenidos de manera metódica dependen de lo que es pensable en una sociedad determinada y éste es un marco del cual no pueden escapar, pues define de antemano sus elementos operacionales (verdad, realidad, observación, experiencia, etcétera).

Los pretendidos fundamentos epistemológicos de la historia suponen la puesta en marcha de un "metodologismo cientificista", pero también una perspectiva de tipo ontológico que descansa en la "teoría de la acción intencional"<sup>5</sup> y por la cual las actividades de los sujetos sociales son pensadas en función de los propósitos, explícitos e individuales primero, implícitos y colectivos después. Si en el segundo se adhiere una condición inconsciente en las acciones sociales no por eso dejan de ser susceptibles de explicación por parte del investigador.<sup>6</sup> Tanto la epistemología como la ontología se coordinan y complementan en la tarea de conocer con precisión el pasado social a partir de una serie de principios generales que son radicalizados por el positivismo, pero de los cuales no logran desprenderse aún las posturas críticas a él. Primero, la objetividad depende de la desaparición o limitación de la subjetividad del historiador. En el caso de las posiciones que aceptan que la investigación histórica depende del tipo de preguntas que el historiador formule, es decir, que existe un tipo de afectación del presente sobre el pasado, de todos modos continúan sometidas sin reservas al esquema dualista de sujeto-objeto.

Segundo, tal esquema sólo puede ser operativizado por medio de un método, es decir, el logro de objetividad está en función de una serie de pasos ligados por una secuencia lógica y progresiva que significa, finalmente, un intento por

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 252.

<sup>6</sup> "¿No sería esto, por lo demás, lo que 'traiciona' la referencia de una historiografía conservadora a un 'inconsciente' dotado de una estabilidad mágica, y cambiado en fetiche por la necesidad que se tiene 'a pesar de todo' de afirmar un poder propio que 'sabemos bien' que hace tiempo desapareció?" Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 80-81.

---

suprimir el lugar desde donde se hace la ciencia, esto es, el lugar social del conocimiento. Tercero, la temporalidad es vista como marco taxonómico que ordena una sucesión de eventos. El efecto más importante de este principio consiste en reducir la cuestión de la temporalidad a simple cronología. En el sentido en que permite ordenar por medio de una línea que progresa sobre la distinción pasado-presente puede decirse que cosifica la muerte misma. La cosificación del pasado es la manera de instaurar una materialidad separada y dispuesta para la infinita curiosidad científica. Cuarto, a tal objeto de conocimiento se lo presume en una situación de separación respecto del sujeto investigador. Sobre esta distancia se proyecta un acceso al pasado como cosa sin mediación alguna, salvo los acervos y fuentes históricas, pero en este caso la mediación es rebajada al nivel de un intermediario más o menos veraz de la realidad documentada. La mediación a la que se hace referencia está dada por la utilización de un lenguaje por parte del historiador pero también a la presencia de otro lenguaje que proviene del pasado y que se lee en las fuentes; en otras palabras, no hay relación inmediata con el hecho histórico o con los acontecimientos pasados. Quinto, la historia es asumida como una ciencia de tipo "observacional, es decir, se basa en una teoría de la verdad empírico-observacional o de la correspondencia".<sup>7</sup>

La pérdida de evidencia de estos principios corresponde a otro nivel de observación que no se agota en la crítica inmanente a los contenidos y elaboraciones cognitivas. Aquí la noción de crítica alude menos al desenmascaramiento de una falsedad y su sustitución por posturas más justificadas que a las condiciones de posibilidad de las ciencias mismas. El cambio va de una visión inmanente que se contenta, la mayoría de las veces con una crítica metodologista, a otra perspectiva que busca delimitar los ámbitos sociales que permiten la existencia de la historia como disciplina. Con esto se produce un acercamiento a lo que ya era señalado por la Escuela de Frankfurt en su momento, particularmente por Horkheimer: no es posible encontrar salidas a los problemas propios de la teoría del conocimiento desde los límites de tal teoría; más bien, evadir el *fundamentalismo* que la sostiene requiere verla como parte de una teoría social.<sup>8</sup> Lo que está en discusión es precisamente qué puede entenderse hoy por teoría social. Aun así, es posible decir que tal cambio de perspectiva pone en serios aprietos los principios anteriormente descritos.

En ese sentido, la disposición dualista sujeto-objeto carece ya de toda pertinencia y también sus derivados, como la oposición objetivo-subjetivo. No se trataría de volver con ello a situaciones anteriores que sólo harían recaer la explicación sobre uno de los dos componentes, ya sea una subjetividad trascendente que se expresa por medio de universales abstractos o, a la inversa, por una empiricidad anclada en particulares concretos. Lo que está en entredicho

---

<sup>7</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p. 252-253.

<sup>8</sup> Thomas McCarthy, *Ideales e ilusiones: reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, traducción de Ángel Rivero Rodríguez, Madrid, Tecnos, 1992, p. 52.

---

es la posibilidad de fundamentar el proceso de conocimiento sobre un ámbito esencialista, cualquiera sea éste. Por otro lado, si se trata de escapar de la disposición metodologista que termina reduciendo la teoría cognoscitiva a simple utilización metódica de procedimientos establecidos, lo que cobra importancia es el lugar del saber como problema epistémico. Aunado a ello, se busca reproblematicar la dimensión temporal sin recurrir a la división entre un pasado cosificado y un presente dotado de las suficientes artes para objetivarlo. Si no es requerido más el juego de oposiciones, cobra importancia mayor el tema de las mediaciones por las cuales se dibuja la extrañeza del trabajo del historiador. Más que ser una labor que relaciona el pasado real (hechos históricos) con las pautas de su explicación, se sostiene como un trabajo que pone en relación significantes diversos. Inicia con lenguajes y termina con lenguajes, es decir, encuentra en su apertura los textos de los que se alimenta (fuentes) y, más aún, convierte en texto aquello que no es escritura, al tiempo que entrega la forma de sus resultados en otros textos.

### *El estatuto de la escritura científica*

Veamos ahora el segundo postulado, el de la correspondencia entre enunciado científico y realidad. Para la perspectiva epistemológica la cuestión se agota en pensar sobre las modalidades que puedan generar enunciados verdaderos. Desde esta obligación el problema consiste en cómo tratar al lenguaje desde un grado de formalización que requieren las ciencias para su tarea cognoscitiva. En la medida en que se doten de conceptos y nociones no ambiguos, es decir, alejados de las palabras cotidianas y polisémicas, pueden estar en condiciones de conocer la realidad de manera más exacta. Es necesario, por tanto, depurar analíticamente la escritura y dar pie a la construcción de un proyecto de lenguaje científico convertido “en el reflejo exacto, el doble meticuloso, el espejo límpido de un conocimiento [...] que sería mantenido al ras de lo que se sabe”, de ahí la exigencia de introducir la lógica formal y la simbólica con el fin de encontrar un discurso “transparente al pensamiento en el movimiento mismo que le permite conocer”.<sup>9</sup> Se trata, por tanto, de encontrar las condiciones de depuración de la escritura que aseguren su conexión con la realidad y frente a las cuales la historia se encuentra en una situación de desventaja pues el grado de formalización al que llega es sumamente bajo; en todo caso, esto es más bien característica generalizada de toda ciencia que se presenta como humana.

En sus análisis sobre la escritura de la historia, De Certeau se ubica en un contexto de pensamiento amplio que muy bien puede caracterizar la segunda mitad del siglo XX. Frente a una crítica de la razón en general y para la cual toda

---

<sup>9</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. edición, traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, p. 290-291.

---

referencia a la actividad de carácter científico tenía que ubicarse en el problema de cómo dilucidar las condiciones necesarias para la producción de conocimientos verdaderos, se fue desarrollando desde distintas perspectivas (las filosofías del lenguaje, la semiótica, el psicoanálisis, etcétera) un problema diferente que supuso romper con la tradición filosófica occidental: ahora se busca pensar sobre las condiciones de posibilidad de la formación de enunciados con sentido.<sup>10</sup> Lo anterior permitió redefinir los límites mismos de las ciencias y su papel en las sociedades modernas, pues si las llamadas ciencias sociales y humanas pueden sostener la pretensión de acceso al mundo y a los seres humanos esto se debe a que son, antes que otra cosa, productoras de escritura, es decir, se encuentran determinadas por un uso particular del lenguaje. Constituyen, por tanto, una figura propia de la modernidad cultural en tanto que, al separar tajantemente la escritura de la oralidad, prescriben la producción misma del sentido por medio de la producción de grafías. Con ello se deja de lado la reflexión sobre la conciencia como marco central para la aprehensión del mundo de las cosas y se pasa al reconocimiento de la importancia del lenguaje en la constitución de los saberes.

De ser un elemento accesorio y no fundamental en el proceso de conocimiento, postura que bien puede denominarse *instrumentalista*, el lenguaje adquiere legitimidad como cuestión teórica central. Desde este nuevo espesor que adquiere el lenguaje en la modernidad, uno de los problemas que emergieron como determinante es aquel que se aboca a dilucidar la relación entre escritura y mundo, entre representación y *realidad*. ¿Cómo pensar su relación fuera de toda solución de correspondencia o adecuación? En la actualidad se ha llegado a una suerte de consenso más o menos generalizado y por el cual se valora a la escritura no a partir de su capacidad de reproducir lo que se encuentra más allá de sí misma (referente material), en tanto la realidad es asumida como construcción significativa y cambiante de acuerdo con el contexto cultural. Ni la realidad es una sustancia invariable ni la escritura puede encallar en una verificación externa que la acredite; con esto se pasa a una situación que inaugura nuevos caminos que tienen grandes implicaciones para nuestro oficio. Así, para el caso de la historia, se sostiene que ésta no puede ser verificada en un referente externo pues, como narración dependiente de un código, lo que produce son *efectos de realidad* en términos estrictamente discursivos.<sup>11</sup> Lo que se cuestiona

---

<sup>10</sup> Alfonso Mendiola, "Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia", en *Historia y Grafía*, n. 1, año 1, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 26. Precisamente, el título de este artículo supondría que en los escritos de De Certeau jugaría un papel crucial la dimensión de alteridad ocultada por los análisis epistemológicos tradicionales, de tal manera que la noción de *otredad* permitiría definir a la historia desde una situación muy diferente a la simple operación de construir representaciones fieles del pasado.

<sup>11</sup> "El carácter narrativo de la historia no es tan evidente como pudiera parecer. A menudo, ha sido puesto en duda e incluso negado o modificado con el objeto de que el relato dejara de ser un rasgo necesario de la historiografía. Por ello, hay que realizar un análisis exacto para poner de manifiesto que la dimensión narrativa, en última instancia, nos permite distinguir entre la historia y el resto de las ciencias humanas y sociales." Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, traducción de Gabriel Aranzueque, Barcelona, Paidós, 1999, p. 83.

---

con esta postura, por tanto, es la posibilidad de producir un tipo de conocimiento sobre el pasado cuya objetividad depende, según la epistemología clásica, de la relación de correspondencia o traducción entre enunciado y referente. Entre las palabras y las cosas existe una distancia que no puede ser remontada, salvo para el objetivismo que hace recaer su condición realista en el nexo indisoluble de la palabra con una materialidad dispuesta para la verbalización. Lo que se anhela, de este modo, es encontrar el camino que conduce desde la palabra hacia aquello que designa por fuera del lenguaje, cuando de lo que se trata es mantenerse en el nivel del lenguaje mismo entendido como perteneciente a la esfera de la comunicación.

Ante la dimensión de *naturalización* en la que se ve inmersa la palabra *realidad* habrá que cambiar los términos de la perspectiva: más que lo dado, la palabra designa un proceso de producción no arbitrario, signado por criterios y pautas sociales. En suma, la relación escritura-realidad ha dejado de ser clara y evidente, transformándose en un problema complejo y al mismo tiempo determinante para la forma en la que se piensa actualmente la ciencia en general. Vista desde la cuestión de la escritura, la ciencia se convierte en una instancia que crea funciones o variables para un plano de referencia que ella misma instaura o construye; crea sus propios materiales, los trata y modifica de acuerdo con ciertas pautas convenidas de antemano y esto sólo lo logra al escribirlos en un tipo de discurso. Por eso es posible decir que aquello de lo que habla el discurso (la referencialidad) es instituido desde el propio espacio escriturístico.

### *Hacia una pragmática de la historiografía*

La adscripción de la historia a los postulados, por un lado, del conocimiento objetivo de tipo metódico y, por otro, de correspondencia de la escritura a la realidad que se busca explicar permite entender esa distinción, ya mencionada, entre historia e historiografía. Desde este marco, que la somete a una investigación de "hechos", tarea primaria y esencial, se entiende como historiografía el estudio que busca, ya sea elucidar el contexto en el que escriben los historiadores (entender la relación con su sociedad y momento temporal, con una escuela o teoría determinada, etcétera), ya sea medir la validez de sus investigaciones (fuentes, hipótesis, métodos), ya sea armar un cuadro progresivo sobre avances y problemas no resueltos (estado de la cuestión, historiografías temáticas), ya sea evaluar el papel de un personaje determinado (Juárez, Napoleón, etcétera). En todo caso, es un trabajo realizado a partir de una serie de supuestos y distinciones que no son clarificados ni discutidos. De Certeau nos invita a discutir precisamente estos supuestos, a reflexionar sobre aquello que hacen los historiadores cuando dicen hacer (escribir) historia. Es una invitación a la reflexividad y a la necesidad de convertir la historia-saber en un acontecimiento. ¿De qué se trata este oficio que relaciona el presente con la muerte por medio de activida-

---

des técnicas? "Me hago preguntas",<sup>12</sup> dice De Certeau, asumiendo la incertidumbre (lo contingente) como núcleo reflexivo.

Es este el desarrollo de una inquietud (la inquietud llamada De Certeau) que trata de llevar las condiciones de posibilidad de un trabajo al campo de la reflexividad, entendiendo por ello la necesidad de excavar el suelo de nuestras seguridades, en problematizar lo que hasta ahora se muestra como evidente, todo esto desde la aceptación de una labor interminable que reconoce sus propios límites y la fragilidad del lugar desde donde mira. Una inquietud que se liga a una apuesta: historizar, es decir, convertir en acontecimiento lo que ha sido pensado como algo externo al campo histórico. En efecto, interrogar el oficio del historiador significa hacer de esta labor un acontecimiento. Resulta paradójico que la historia desaloje la cuestión sobre sus propias condiciones de posibilidad cuando parte de esa pregunta respecto de sus objetos de estudio.<sup>13</sup> La noción de acontecimiento, prestigiada de nueva cuenta desde los trabajos foucaultianos, no se ubica en el mismo plano que el concepto "hecho" o "suceso". No refiere a algo que ha pasado ni determina la importancia de ese algo en una cadena temporal por medio de relaciones causales. Establece, más bien, un campo regular de prácticas en el que emerge, adquiere ciertos rasgos funcionales, se ve inmerso en procesos discontinuos y se articula de cierta manera a otros campos de prácticas institucionales, económicas, etcétera. Más que una sustancia o estado de cosas, pertenece al orden de la relación y del pensamiento.<sup>14</sup> Preguntar por el cómo de la historia significa enlazar una práctica (una disciplina), un resultado determinado (un discurso como despliegue narrativo) y la relación que se establece entre estos dos niveles.<sup>15</sup> En efecto, el problema es el de la relación entre un lugar, numerosos procedimientos técnicos y analíticos y un texto.

De tal suerte que el desplazamiento de la perspectiva de la que se parte anuncia una condición relacional para la cual no puede seguirse sosteniendo la oposición historia e historiografía como marco de pensamiento. Antes al contrario, señala una situación en la que el problema general deja de ser cómo se conoce el pasado cuando de lo que ahora se trata es de abordar la forma en la que se construye. Desde este nuevo horizonte problemático es que se vuelve posible

---

<sup>12</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 67.

<sup>13</sup> La historia, en el sentido de ser ciencia humana, no puede producir tal separación pues es "humana, no en cuanto tiene al hombre por objeto, sino porque su práctica reintroduce en el 'sujeto' de la ciencia lo que ya había distinguido como su objeto. Su funcionamiento nos envía del uno al otro polo de lo real". De tal manera que el que conoce y lo conocido se encuentran en una situación de alteración de sus propias fronteras. *Ibidem*, p. 52-53.

<sup>14</sup> "Si el 'hecho' es lo que es aprehendido por la percepción natural y ordenado por el conocimiento (empírico o científico), el 'acontecimiento' es lo que no puede ser percibido ni conocido, lo que sólo puede ser pensado. Mario Teodoro Ramírez, "Deleuze y la filosofía", en *Revista de Filosofía*, n. 97, año XXXII, México, Universidad Iberoamericana, enero-abril 2000, p. 56. "La noción de 'acontecimiento' funciona más bien como un *concepto-límite*, como la idea de lo que ha sucedido realmente, que, como sucede con el noúmeno kantiano, se piensa, pero no se conoce." Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 103.

<sup>15</sup> "Por esta razón, entiendo por *historia* esta práctica (una 'disciplina'), su resultado (el discurso), o su relación bajo la forma de una 'producción'." Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 35.

---

afirmar que toda historia es finalmente historiografía y esto en dos sentidos. Primero, reconociendo la cualidad productiva que sobre el pasado tiene todo trabajo de investigación y cuya etapa final constituye aquello que los historiadores nos presentan como interpretaciones de los eventos, se sostiene la imposibilidad de escapar de la irreductibilidad de lo vivido a la escritura que lo narra. Nunca un libro de historia podrá indentificarse plenamente con el tema que trata. Por eso puede decirse que sobre la *no-separación* entre sujeto historiador y objeto de estudio se constituye la *separación* entre interpretación y aquello que es interpretado. Es esa la incompetencia de toda interpretación: estar desterrada de aquello que trata. Su condición es la del duelo: "la escritura que le dedico a los discursos míticos de (o sobre) la presencia (de Dios) tiene por condición la de *no formar parte de éstos*". De tal manera que es un faltante el que nos obliga a escribir y que, como afirma Michel de Certeau, "no cesa de escribirse en viajes hacia un país del que estoy alejado".<sup>16</sup>

Segundo, cualquier objeto de curiosidad científica tiene la cualidad de ser construido, producto de una labor que no antecede al trabajo de investigación; no es condición sino resultado de una serie de operaciones técnicas que se desarrollan en el seno de una disciplina. Hay, entonces, la adscripción a un cambio general respecto de las nociones de verdad y realidad con las que se operaban hasta hace poco. No se trata de considerarlas, por una parte, como un fin al que se aspira o, por otra, como elemento que requiere explicación desde una exterioridad, pues ambas, en la medida en que en la actualidad son sustituidas por el problema del sentido, requieren ser reelaboradas desde su dimensión *productiva*: "El problema ya no se presenta de la misma manera a partir del momento en el que el 'hecho' deja de funcionar como 'signo' de una verdad; en el momento en que la 'verdad' cambia de condición, deja poco a poco de ser lo que se manifiesta para convertirse en lo que se produce y adquiere, por lo tanto, una condición '*escriturítica*'".<sup>17</sup>

Me parece que éste es el horizonte en el que se instalan las investigaciones de Michel de Certeau y en donde la cuestión de la práctica toma dimensiones particulares que desdibujan los contornos de una disciplina. Pensar de otro modo el terreno de la historiografía supone introducir este cambio radical de perspectiva que significa, según lo dicho hasta aquí, otro modo de observar un ámbito que no tenía "pertinencia" o "valor teórico"<sup>18</sup> en vista de la búsqueda de cientificidad. Si el régimen de prácticas que ponen en juego los sujetos de las ciencias quedaba relegado como un inconveniente sin interferencia en la cualidad

---

<sup>16</sup> Michel de Certeau, *La fábula mística, siglos XVI-XVII*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 11.

<sup>17</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 25-26.

<sup>18</sup> La frase es de Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis: entre ciencia y ficción*, traducción de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 86 y 109. Primero la utiliza en relación con el rechazo del lugar social del saber científico (la institución) por parte de las tradiciones psicoanalíticas. En el segundo, al referirse a los "retornos" de las pasiones, de la retórica y de la literatura producidos en los textos freudianos después de haber sido "excluidas en bloque" por la cientificidad positivista.

---

de sus productos, esto se debía a la obligación de medir sólo el valor intrínseco de los enunciados y de habilitar su competencia en términos de verificabilidad referencial. Es, por tanto, una *pragmática* de la historia la que se dibuja en los escritos realizados por Michel de Certeau, trabajo de análisis que comienza con un gesto inaugural (*irruptura instauradora?*): remitir toda escritura al lugar donde se produce. Situando de esta manera el alcance analítico, se nos presenta la imposibilidad de arribar a una interpretación final o privilegiada o, bien, al término de una labor coronada por la posesión de la certidumbre, pues el lugar sólo permite, no da el beneficio de la autoridad definitiva. Y en esta situación se incluye el propio jesuita francés al optar por la apertura, por la “diseminación de las interpretaciones en función de los lugares sociales desde los cuales se habla”,<sup>19</sup> más que por la clausura (el cierre de la palabra) producida por la palabra verdadera.

Para De Certeau pensar las ciencias, y en particular la ciencia histórica, no puede ser una actividad que siga anclada en el tipo de cuestiones relativas a la razón en general ni a los contenidos comunes de la filosofía de la conciencia. Si el esfuerzo analítico debe recuperar las diversas interrogantes generadas por procedimientos diferentes, atendidos a la necesidad de esquivar las aporías y los inconvenientes de la autorreferencialidad científicista, se vuelve plausible tomar distancia de toda elaboración epistemológica convencional. La práctica, como noción operativa, plantea dos órdenes de problemas que atraviesan el conjunto de los textos escritos por De Certeau: la operación escriturística propia de las ciencias modernas (la producción) y el lugar social que le da pertinencia (la institución). Cómo pensar su relación se convierte, así, en la dificultad teórica determinante y de la que se desprenden modalidades reflexivas que no se contentan con las soluciones textualistas ni con las adscripciones sociales a las que se subordinan los intelectuales (clase social, ideología, etcétera).

### *El lugar del texto historiográfico y la operación de producción*

El problema de las ciencias no se agota en el discurso. Durante algún tiempo se sostuvo la idea de una total autonomía textual, de tal forma que los análisis sobre los saberes encontraron sustento en teorías del discurso que lo veían como autosostenido por sus propias reglas internas; esto es, se pensaba que la cuestión del sentido podía ser resuelta sólo atendiendo a su producción escriturística. De la objetividad externa al discurso se pasó a la objetividad prescrita por el texto.<sup>20</sup> No

---

<sup>19</sup> Alfonso Mendiola, “Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia”, p. 21.

<sup>20</sup> Quizá uno de los estudios más importantes elaborados desde esta vertiente, fuertemente influenciada por el estructuralismo, es el libro ya citado de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. En esta impresionante investigación sobre la emergencia de las ciencias modernas, particularmente aquellas que establecen un nexo con el pensamiento antropológico, las ciencias del lenguaje, de la vida y el trabajo, es notorio el énfasis en las formas discursivas que éstas adquieren y por las cuales son susceptibles de tratamiento analítico.

---

es posible desdeñar el hecho de que eso que denominamos ciencias tiene un sustrato material discursivo bajo la forma de lenguajes particulares que siguen determinadas reglas. Como apunta la filosofía analítica, son *juegos de lenguaje* dependientes de códigos que permiten diferenciar enunciados verdaderos de enunciados falsos. Para De Certeau ésta es una dimensión que se debe tomar en cuenta, y en el caso de la historia el código que funciona como productor de enunciados con sentido está determinado por la construcción narrativa. Pero lo anterior es sólo una parte del problema, de ahí su característica relacional, pues hay que abordar, además, su conexión con una serie de prácticas no discursivas que intervienen, aun de manera determinante y por fuera del texto, en la producción y adquisición final del sentido. Y aquí se presenta, aunque desplazada, la cuestión de lo "real" en dos dimensiones:

lo real como *conocido* (lo que el historiador estudia, comprende o "resucita" en una sociedad pasada) y lo real como implicado por la operación científica (la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica del sentido). Por una parte, lo real es el resultado del análisis, y por otra, es su postulado. [...] La ciencia histórica se apoya precisamente en su relación mutua. Su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso.<sup>21</sup>

Por un lado, la narración o discurso histórico es asumida, en tanto lugar de las representaciones del pasado, como aquello que nos remite a una realidad ya desaparecida, muerta, pero que podemos revivir por medio de este vehículo de la memoria. Por otro, hay una realidad implicada y que corresponde al lugar social que permite (autoriza) la fabricación de las representaciones. En el proceso de reconstrucción de eventos pasados se pone en juego el gesto de historiador que relaciona toda idea, acción, objeto, etcétera, al marco social que la hace posible; pero, de ahí que sea una paradoja, al mismo tiempo que elabora explicaciones por medio de un armazón representativo de la memoria oscurece sus conexiones sociales presentes. Pareciera que la condición de posibilidad de una ciencia está en función de borrar el lugar social de toda reconstrucción histórica, "el lugar del saber". Si se aspira a una historicidad de la historia misma, esto supone abordar el "movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social";<sup>22</sup> en otras palabras, reconocer que nuestro acceso a la realidad pasada se da por medio de textos que la construyen de acuerdo con pautas de sentido propias de nuestro presente conduce a la necesidad de interesarse por las prácticas que gobiernan la producción de los discursos, eso que De Certeau denomina la realidad implicada en las operaciones científicas (técnicas). Con ello se busca enlazar el estudio del mundo de las relaciones textuales con el

<sup>21</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 51.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 35

---

mundo de las relaciones de interacción que las vuelven posibles, esto es, ¿cómo abordar el estudio de la articulación entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas? El desafío, en palabras de Roger Chartier, consiste en “ligar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de los discursos”.<sup>23</sup>

Así, entre la escritura y el contexto se define un tipo de territorio de análisis que bien podía ser considerado el objeto mismo de la historiografía. Esta ya no trata, en su subordinación a la investigación sobre “hechos”, de los procedimientos que permiten dar cuenta del pasado, más bien busca determinar las modalidades por las cuales nos referimos “al mundo pasado por medio de significados”.<sup>24</sup> De tal manera que regresamos a la noción de *operación historiográfica*. En efecto, se dibuja con ello la complejidad de un régimen de prácticas (operaciones) que tienen como fin la producción de interpretaciones históricas, tomando como rasgo histórico no su referencia pretérita sino su ubicación social actual, bajo el entendido de que con esto se plantea el proceso de su fabricación. Responde a una elaboración que se presenta condicionada, primero, al espacio donde se realiza “(un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera)”; segundo, por las diversas herramientas técnicas que se utilizan, es decir, “varios procedimientos de análisis (una disciplina)”, y tercero, por la forma que adquieren los productos “(una literatura)”.<sup>25</sup>

En tal caso, si partimos de que la historia se fabrica debemos aceptar que, en el nivel de las representaciones, no logra reproducir el orden práctico que se gestó en un pasado más o menos remoto, antes bien, cuando pretende hacerlo lo “no dicho” del discurso traduce el orden práctico que lo gobierna, el campo de fuerzas en el que encuentra su lugar y los sistemas de simbolización que le dan sentido. Desde aquello que *no es* (“la agitación de una sociedad, pero también la práctica científica en sí misma”), el discurso historiográfico “arriesga el enunciado de un *sentido* que se combina simbólicamente con el *hacer*. No sustituye la praxis social, pero es su testigo frágil y su crítica necesaria”.<sup>26</sup> Así, el objetivo de la historia, dar cuenta de un pasado (lo real como conocido), no puede seguir ocultando la realidad implicada en sus operaciones y en esto consiste la

---

<sup>23</sup> Roger Chartier, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en *Historias*, n. 31, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, octubre 1993-marzo 1994, p. 15. Este autor termina su artículo retomando los planteamientos de Michel de Certeau de la siguiente manera: “la historia es una práctica ‘científica’ productora de conocimientos, pero una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las restricciones que le imponen el lugar social y la institución del saber donde ésta es ejercida, o incluso, las reglas que necesariamente gobiernan su escritura”. *Ibidem*, p. 17.

<sup>24</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p. 256.

<sup>25</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 64. Más adelante, p. 74-75, De Certeau señala lo siguiente: “Desde este punto de vista, como lo indican las investigaciones de Jürgen Habermas, se impone una ‘repolitización’ de las ciencias humanas; no podríamos dar cuenta de ellas o permitir su progreso sin una ‘teoría crítica’ de su situación actual en la sociedad”. Más aún, la crítica habermasiana a la pretendida neutralidad de los valores epistemológicos descubre una situación diferente, es decir, una no-neutralidad por la cual, incluso las más altas abstracciones cognoscitivas encuentran relación con el cuerpo social.

---

llamada de atención de Michel de Certeau. El campo implícito que la posibilita le otorga prestigio a sus resultados, es decir, las representaciones de lo real, pero esto sólo es posible porque hay un ocultamiento de sus condiciones de fabricación. Es entonces una tensión la que desdibuja los límites tradicionales de la historiografía: ese movimiento que va de aquello que ha de conocerse (el pasado) a la situación desde donde se pretende ese conocimiento (el presente).

A contracorriente de lo que sucede en el panorama de la historia, dominada por la necesidad urgente de cómo encontrar las vías para conocer más y mejor el pasado, cómo salvar las representaciones de los olvidos involuntarios y de las lagunas obligadas por una historia de los vencedores, cómo hacer para construir otras representaciones más completas y por tanto más veraces, De Certeau interroga sobre las condiciones de posibilidad de la historia misma. ¿Qué hay por debajo de la epistemología tradicional aplicada a la historia? ¿Qué vacío se intenta llenar con la recurrencia metódica? ¿Qué es lo que se esconde tras el velo de prestigio social con el que se arropan los historiadores o los intelectuales en general? Sin duda De Certeau peca de indiscreto y se le agradece, pero lo hace apuntando, sobre todo, hacia la necesidad de repensar el oficio desde el campo práctico que lo posibilita, es decir, ¿qué es aquello que los historiadores hacen cuando dicen hacer la historia? La indiscreción aquí consiste en suponer que los criterios de valoración de una disciplina no se miden por su resultado, las representaciones mismas y sus cualidades intrínsecas, sino por todo ese proceso ocultado anteriormente y a partir del cual se fabrican. Esto es, análisis de una producción. □

